

Los graffiti de Buenos Aires

Una de las costumbres más típicas, creativas y transgresoras de Buenos Aires es la escritura de leyendas espontáneas en las paredes de las casas, edificios, monumentos públicos y espacios privados.

El ingenio de esa comunicación política, amorosa, religiosa y hasta existencial y, sobre todo, directa y sin ninguna interferencia, llama la atención en la ciudad que se asoma al Río de la Plata cuyos habitantes, por vivir cerca del puerto, reciben el mote de “porteños”.

¿Qué cuentan las paredes de Buenos Aires? Desde el año 2000, la fotógrafa mallorquina Francisca Puig se propuso testimoniarlo. Mientras algunos psicólogos sociales apuntan a la influencia del Mayo francés en las pintadas porteñas, otros subrayan la seguidilla de dictaduras opresivas que fragmentaron el siglo XX como origen de esta expresión callejera.

A diferencia de los elaborados dibujos que aparecieron en el metro de Nueva York o en barrios como Harlem, los graffiti porteños conservan la gestualidad del apuro, de la escritura a escondidas o del grito de amor y opresión. Muchas veces superpuestos unos sobre otros, los graffiti se renuevan continuamente, no sólo reflejando con ironía la realidad sino también burlando el orden de las paredes una y otra vez blanqueadas.

Aunque Buenos Aires últimamente empieza a tener frases plasmadas con estencil (plantilla), éstos se distinguen claramente de los graffiti espontáneamente dibujados. En general, los estencil son pinturas en movimiento sobre paredes que dan preponderancia a la imagen por encima del texto. Las frases escritas en las paredes, en cambio, son pura palabra que se improvisa a las apuradas.

Si bien la tradición argentina es más verbal que visual, unos y otros textos en las paredes coinciden en su vinculación a la cultura del rock, con el que

se retroalimentan. Por ejemplo *Fieras rodantes* alude tanto a una banda *underground* como al enloquecedor tránsito de coches por las calles porteñas.

Lo efímero de la intervención graffitera es parte de su razón y, también, de su encanto. La necesidad de dejar una huella de los sentimientos privados en las paredes públicas de una ciudad vertiginosa se aprovecha del anonimato. Nadie firma esas frases dolidas, amorosas o divertidas en las paredes de Buenos Aires. Están ahí para que cualquier porteño las haga suyas.

Las paredes están en el límite entre lo público y lo privado. Los graffiti también, según la socióloga argentina Claudia Kozak (1). Pero mientras que las primeras defienden la intimidad y la propiedad privada, los graffiti la transgreden, la toman por asalto, la desnudan. Lo que no se puede decir aparece en las paredes, como testimonia *La única iglesia que ilumina es la que arde*, graffiti pintado frente a la Catedral de Buenos Aires.

Durante años, los graffiti fueron madurando y extendiéndose desde las paredes de los baños públicos hasta alcanzar hoy cualquier rincón de la ciudad. Antes de tomar las casas por asalto, los graffiti de los porteños anónimos no podían competir con la pintada política ni con la publicidad en general. Hoy pelean el espacio y, a veces, triunfan.

Durante la última dictadura militar (1976-1983) existía un decreto que responsabilizaba a los propietarios por el estado de sus paredes y sus aceras. Pero ni así se salvaron los muros de las pintadas. Ellas, mayormente políticas, denunciaban lo que se silenciaba socialmente.

Desde los 80 y con la democracia, explotaron los muros con aullidos de amor, de angustia existencial (*yo no vivo, yo solo existo o viví cómodo, viví muerto*), de política (*Asfalto electoral*, por ejemplo, alude a la política de asfaltar las calles en épocas de votación) o como simple forma de

comunicación: *Nos mudamos a...*, a veces con la típica ironía porteña, *Nos vamos... a la mierda*.

Con la crisis económica del 2001, que dejó a los argentinos en bancarrota sin poder acceder a sus cuentas bancarias, Buenos Aires se llenó de violencia en las calles y en las paredes de los bancos. Éstos blindaron con madera sus vidrios, una y otra vez destrozados, pero sobre las protecciones se escribían graffiti entre irónicos y llenos de ira. Hoy todavía se pueden ver algunos en la *city* porteña.

Hoy también aparecen denuncias como la tragedia de Cromagnon, una discoteca que se incendió a fines de 2004 en el popular barrio de Once y donde murieron 169 jóvenes. La pintada de unos de ellos todavía se podía leer en Barracas, uno de los barrios pobres del sur de Buenos Aires. En una pintada elocuente, Esteban (Tevi) le declaraba su amor a Paula, a quien habría de salvarle la vida la noche del incendio antes de morir él mismo por asfixia.

Buenos Aires parece tener siempre un escándalo que denunciar en sus muros. Ahora es la inseguridad por robos y secuestros, que aparece en la pared de un modesto negocio de reparación de neveras con mucha gracia y desencanto (*Robemos juntos*). Pero, sin duda, es el amor el protagonista mayúsculo de las paredes de Buenos Aires.

Declaraciones desesperadas (*Te amaré en silencio*), peticiones de perdón o revancha (*Lili te amo con toda el alma, pero hoy me la pagás*), pasiones y enamoramientos se escriben por todas partes. Incluso hay adolescentes que, acaso incomunicados con sus padres, les reafirman su amor (*Papi y mami, los quiero*). Entre los perros que pasean sueltos o en jaurías llevados por un paseador profesional aparece *La perra que los parió*. También el lunfardo (dialecto del tango) se cuele aquí y allá en las paredes, como un guiño porteño (*Morocha, te quiero; Andrea deja de coger con mi marido*). *Picá*

Flor juega con el significado del hombre que conquista mujeres en una pared primaveral de una Buenos Aires donde alguien también olvida por un rato la melancolía para declarar que es *Feliz*.

Nada habla tan elocuentemente de la pasión porteña por los graffiti como *¡Que linda pared!* Evidentemente, algo hay que escribir en Buenos Aires.

A lo largo de los 10 años en que Francisca Puig documentó las paredes de la ciudad, las pintadas han cambiado una y otra vez, borradas por manos de cal o de los propietarios. Pero esta cultura urbana, por más efímera que parezca, se ha convertido en una de las tradiciones más importantes que definen a los porteños.

A pie de página:

(1)

Kozak, Claudia . “Contra la pared: Sobre graffitis, pintadas y otras intervenciones urbanas”. Libros del Rojas. Buenos Aires. 2004.